



EL PURGATORIO DE LOS LIBROS

MARTÍN PRIETO

Nostalgia de unas Pampas lejanas

Allá lejos y tiempo atrás

Autor: William Henry Hudson. / Editorial Acanalado, 2004.

Estamos en un casco de una estancia (edificio principal donde habitan los dueños), y los colonos plantan veredas de árboles y jardincillos. La Pampa es un océano de hierba asentada sobre un metro y medio de humus que se toma sola en diferentes colores de azules cuando sopla el pumpero que la peina durante días, arrastrando nubes negras que convierten el terreno en un bañadero, donde las reses se hunden hasta los corvejones, y que desazonan cuando cesa el ulular porque te sorprende su silencio y hasta te despierta llegas a despertarte si has conseguido dormir.

En estas tierras y más al sur, en la Patagonia, el silencio puede ser ominoso. La Pampa es un gigantesco horizonte en forma de disco, donde se sufre el vértigo horizontal, el sol al ponerse parece que se despeña por un precipicio y cuya única referencia es encontrar algún aislado ombú que no es árbol, como afirma el autor, sino un arbusto (o que me corrija Linneo) de cinco o seis hombres de altura, diámetro de varios metros y unas raíces planas y mucilagosas como gruesos tabloncillos que dan la impresión de salir de la tierra en vez de hundirse en ella. Ir de un cas-

co al vecino puede llevar medio día largo a buen trote.

Le pregunté a un gaucho que trabajaba como peón de estancia: «Si descabalgas en estas pampas ¿dónde sujetas el ronzal del caballo? No me contestó. Desenfundó su facón, lo clavó en la tierra blanda hasta la empuñadura, removiéndolo en la horadura. De la silla de la caballería descolgó las boleadoras (tres cordones con bolas de plomo en sus extremos recubiertas de cuero crudo).

Metió una hola en el hoyo, luego otra encima, y ya las dos juntas, aunque tirases, no podían salir del orificio a menos que las extrajeras por separado. La tercera boleadora con su cordón la trabó en uno de los arcos del equino, dejándole una conferencia para pastar.

El linaje del gaucho proviene de la cruce entre un español y una india pampa, hasta que las campañas de los criollos (la república pagaba bastante el par de orejas de indio) diezmaron a los indígenas a quienes redujeron a mano de obra agropecuaria. El gaucho es un cowboy, pero sin la cinematografía que ensalzó a estos últimos; sólo le cantó José Hernández en su *Martín Fierro*, suerte de Quijote argentino. El gaucho viste una camisa negra de seda, profusamente decorada con borlas, costuras, bordados verdes y rojos y boto-



nes de plata. La chiripá son los pantalones bombachos, sobre unos calzoncillos de lino; se recubre con un poncho y se toca con un sombrero de cuero y ala larga, o con el pañuelo del cuello anudado a la cabeza. Se cincha el vientre y los riñones con una rastra metálica que según la fortuna puede ser de plata labrada. De su montura cuelga una pava para hervir agua, el lazo, las boleadoras que pueden derribar una vaca o estrangular a un hombre, y nada más que les sirva de utilidad.

Son de los varones más libres del mundo y buscan a las mujeres, las chinas y chinillas (por corrupción del quechua *Chil Naw*), según el afecto, y van dejando su simiente en las crías de los estancieros. No saben qué es la Seguridad Social o la jubilación, el carné de conducir o la cédula de identidad. Cuando huyen de alguna fechoría, arrean por delante una tropilla y van reventando caballos sustituyéndolos por los frescos, y comen al galope carne en salazón, amojamada; no hay quien les dé alcance.

En las pulperías les gusta jugar (un almacén de ramos generales estaba tan carente que sólo tenía un pulpo, que dio nombre al antecedido)

y dan en pendencias. Cada duelista envuelve el poncho en su brazo izquierdo y ase el facón no como un cuchillo sino como una espada. No se trata de matar, aunque son muchos los que han muerto en esta lid, sino de dejar al adversario con un chirlo en la cara o una rajadura en el pecho. Son los hombres más libres del mundo.

Creo que es la primera vez que se traduce al español *Allá lejos y tiempo atrás*, de William Henry Hudson (Editorial Acanalado), un pequeño clásico sobre aventuras adolescentes a caballo sobre un océano de hierba. Recuerda en algo a Gerard Durrell (*Mi familia y otros animales* sobre su infancia en Creta, o a *Tierra de murmullos*, sobre la Patagonia) o a Chatwin que también retrató estas tierras y hasta encontró la cabaña de adobe donde se refugiaron de la impasible persecución del detective Pinkerton los atracadores de bancos Butch Cassidy y Sundance Kid con la jo-

«Un pequeño clásico sobre aventuras adolescentes a caballo en un océano de hierba»

ven que formaba el triplete, y cuya historia no tiene nada que ver con *Dos hombres y un destino*, película que no se ajusta a los hechos, más trepidantes que el guión del filme.

Hudson nació en las Pampas de

padres estadounidenses, pero siempre se consideró inglés, acaso por la cantidad de británicos que en aquellos horizontes perdidos criaban ovejas y temerosos. A la edad prohibida de los 15 años, fallecida su madre, da en cavilar sobre la muerte, el ser nada. A ello contribuyó la lectura de *El origen de las especies*, de Darwin, que tambaleó su fe hasta la melancolía. No fue el primero. Fitzroy, capitán del *Beagle*, vio tan trastornada su fe por los descubrimientos de su amigo naturalista que se degolló con la navaja barbeta. Su depresión le ocasionó enfermedades psicóticas como reumas que le torcían de dolor o unas palpitaciones que le hacían creer que su corazón se apagaba pese a su temprana edad.

Quizá dos gauchos que se encuentran en la llanura infinita descarguen y hagan una pequeña hoguera calentando agua en la pava para tomar el mate y hablar de bueyes perdidos, lo que supone contar historias sin entrar nunca en temas personales que ofenden la discreción, como la de aquellos dos hermanos polacos que habían combatido en Montecassino, compraron un camión militar, adquirieron tierras fiscales (del Estado) y cenaban los dos solos de esmoquin para no perder del todo su dignidad. Se les caló el camión en la trocha del tren que sólo pasaba una vez por semana y les mató porque ese era su destino. Hudson murió en Londres a los 81 años con una carrera literaria desigual, legándonos este memorial que lleva algunas gotas de amargura existencial. Ese también fue su destino.